YORICK.

¡Qué es esto?

EL APUNTADOR.

¡Oh! ¡Qué miedo! ¡Jesús!

Sacando la cabeza fuera de la concha y apuntándole en voz más alta.

EL CONDE (Yorick).

¡Jesús mil veces!

Dice estas palabras de la comedia como si fueran hijas de su propio dolor y verdadero asombro. Cae desplomado en el sillón que hay cerca de la mesa, escondiendo el rostro con las manos. Pausa. Levántase Yorick muy despacio; mira á Edmundo y á Alicia, luego al público, y quédase inmóvil sin saber qué hacer, apoyado en la mesa.

Aquí, no hay duda, la verdad se encierra.

Declamando como de memoria, sin interesarse en lo que dice.

Venid.

A Edmundo y Alicia, que se acercan á él llenos de turbación y miedo.

Mirad.

Mostrándoles la carta, y con nueva energía.

MANFREDO (Edmundo) Y BEATRIZ (Alicia).

¡Oh!

Dando un grito verdadero al ver la carta, y retrocediendo espantados.

EL CONDE (Yorick).

¡Trágueños la tierra!

Vuelve á caer en el sillón; contempla la carta breves instantes, y después, como tomando una resolución desesperada, se levanta y va hacia Edmundo con ademán amenazador: antes de llegar á él, se detiene y mira al público, dando á entender la lucha de afectos que le acongoja. Dirige la vista á otra parte, repara en Alicia, y corre también hacia ella; pero otra vez se detiene, y vuelve al comedio del escenario, llevándose las manos alternativamente á la frente y al corazón. Alicia y Edmundo le contemplan aterrados.

EL APUNTADOR.

¿Conque eres tú el villano?.....

En voz alta, y dando otra vez golpes en el tablado con la comedia.

¿Conque eres tú el villano?.....

Yorick, cediendo á la fuerza de las circunstancias, y no pudiendo dominar su

indignación y cólera, hace suya la situación ficticia de la comedia, y dice á Edmundo como propias las palabras del personaje que representa. Desde este momento, la ficción dramática queda convertida en viva realidad, y, tanto en Yorick como en Alicia y en Edmundo, se verán confundidos en una sola entidad el personaje de invención y la persona verdadera.

EL CONDE (Yorick).

¿Conque eres tú el villano,
Tú el pérfido y aleve,
Tú el seductor infame que se atreve
Á desgarrar el pecho de un anciano?
¿Tú, desdichado huérfano, que abrigo
Debiste un día á mi piadosa mano,
Que al par hallaste en mí padre y amigo?
¿Tú me arrebatas la adorada esposa?
¿Tú amancillas mi frente?
¡Ya con acción tan noble y generosa
Logró admirar el hombre á la serpiente!
Y á fe que bien hiciste. ¡Por Dios vivo!
Que este pago merece quien iluso
Creyó deber mostrarse compasivo,
Y en otro amor y confianza puso.
No; que aun viéndome herido y humillado,
Mi hidalga confianza no deploro.
¡Para el engañador mengua y desdoro!
¡Respeto al engañado!

MANFREDO (Edmundo).

¡Padre!..... ¡Padre!.....

EL CONDE (Yorick).

¿No sueño? ¿Padre dijo?
¿Tu padre yo? Pues caiga despiadada
La maldición del padre sobre el hijo.

MANFREDO (Edmundo).

¡Cielos! ¡Qué horror!

EL CONDE (Yorick).

Y á ti, desventurada,
¿Qué te podré decir? Sin voz ni aliento
El cuerpo inmóvil, fija la mirada,
Parecieras tal vez de mármol frío
Si no se oyese el golpear violento
Con que tu corazón responde al mío.
¿Dónde la luz de que, en fatal momento,
Vi á tus ojos hacer púdico alarde,
Con mengua del lucero de la tarde?
¿Dónde la faz divina,
En que unidos mostraban sus colores
Cándido azahar y rosa purpurina?
Ya de tantos hechizos seductores
Ni sombra leve á distinguir se alcanza
En tu semblante pálido y marchito.
¡Qué rápida mudanza!
¡Cuánto afea el delito!
Te hallé ¡ay de mí! cuando anheloso y triste
Pisaba los abrojos
Que de la edad madura
Cubren la áspera senda; y á mis ojos
Como rayo de sol apareciste
Que súbito fulgura,
Dando risueña luz á nube obscura.
Y vuelta la tristeza en alegría,
Cual se adora á los ángeles del cielo,
Con toda el alma te adoré rendido.
¡Quién dijera que tanta lozanía
Era engañoso velo
De un corazón podrido?
Mas ya candor hipócrita no sella
El tenebroso abismo de tu pecho;

Ya sé que eres traidora cuanto bella;
Ya sé que está mi honor pedazos hecho;
Ya sé que debo odiarte; sólo ignoro
Si te odio ya, cual debo, ó si aún te adoro.
¡Ay de ti, que el amor desesperado
Jamás ha perdonado!

Asiéndola de una mano.

Y si no quieres que el furor me venza
Y que te haga morir hierro inclemente,
Mírame frente á frente,
Y muere de vergüenza.

Haciéndola caer al suelo de rodillas.

BEATRIZ (Alicia).

¡Piedad!

EL CONDE (Yorick).

En vano gemirás sumisa;
Piedad no aguardes.

MANFREDO (Edmundo).

Ella la merece.

EL CONDE (Yorick).

¡Ni ella ni tú!

BEATRIZ (Alicia).

Mi vida os pertenece:
Género es de piedad matar de prisa.

MANFREDO (Edmundo).

Yo solo os ofendí: sobre mí solo
Descargad vuestra furia.

EL CONDE (Yorick).

De ambos fué la maldad y el torpe dolo;
Ambos me daréis cuenta de la injuria.

MANFREDO (Edmundo).

¿Ella también? ¿Capaz de asesinarla
Vuestra mano será?

po 18.